distinguí entre los capitanes á la cabeza de valerosa compañía. Y yo le castigué: á poca distancia de la playa atravesóle mi dardo; era oscura la noche; mi venganza no tuvo testigos, y corriendo hacia una nave tripulada por ilustres Fenicios, pude decidirles, abandonándoles parte de mis tesoros, á que me llevasen á Pilos ó á la Élide, á tierras de los Epeos. Pero ¡ay! á pesar de sus esfuerzos todos, pues su lealtad me es notoria, la violencia de los vientos los aparta de su camino, y nos arroja á esta costa, entre las nocturnas tinieblas. Con gran trabajo y á fuerza de remos logramos llegar al puerto. Entónces, más que en apagar el hambre, pensamos en descansar de la fatiga que nos agobiaba, y dejando en tropel la nave nos tendimos en la playa, donde el sueño no tardó en rendirme. Esta mañana los Fenicios, á fin de aprovechar un viento favorable, habrán depositado en la arena mis tesoros, y volviendo á su nave habrán hecho rumbo á la opulenta Sidon, miéntras he quedado yo aquí, perplejo y sin saber dónde estaba.»

Oíale la diosa con la sonrisa en los labios, y así que hubo concluido, alargóle afectuosamente la mano. En

FIG. 686. — Ulises abandona la isla del cíclope Polifemo.

aquel momento presentóse bajo la forma de distinguida matrona, de rara hermosura y de majestuoso continente; su aspecto todo anunciaba la sabiduría.

«—Sutil había de ser, díjole, quien te aventajase en el arte del fingimiento. Infortunado eres ¡oh Ulises! pues hasta en el seno de tu patria te ves obligado á recurrir al disimulo, familiar para tí desde tu más tierna infancia. No empleemos ese arte el uno con el otro, ántes bien reservémosle para las ocasiones en que la prudencia lo exija, mayormente cuando en breve nos tocará demostrar que somos, tú el más discreto de los mortales, y yo la diosa celebrada en el Olimpo por llevar los designios á feliz suceso. ¡Cómo es posible que no hayas conocido en mí á la hija de Zeus, á Atena, tu inseparable compañera en los peligros, la que ha defendido tu vida y la que hace poco te conquistó la benevolencia de los Feacios? Y ahora vengo para darte saludables consejos, para guardar en seguro asilo los tesoros de que por inspiracion mia te colmaron los príncipes de la isla de Scheria, y para hacerte saber las penas que, por decreto del Hado, te aguardan aún en tu palacio. Sufrirlas con constancia es lo que te toca: así lo quiere el Destino. Sobre todo no confíes á nadie tu regreso, ni sepa mortal alguno que tus largos viajes han concluido. Sufre en silencio insultos y desdenes, y procura que la insolencia de tus enemigos y súbditos no te arranque ni un suspiro.

»—¡Cuán difícil, oh diosa, áun para el mortal más perspicaz es conocerte, á tí que puedes revestir todas las formas! dijo Ulises. Lejos estoy de haber dado al olvido los señalados testimonios que recibí de tu benevolencia en la ruda campaña que sostuvimos los hijos de Grecia delante de Ilion. Pero desde que reducidos á escombros sus soberbios muros, fué la armada griega lanzada otra vez al mar y que un dios dispersó nuestra hueste, me abandonaste, hija de Zeus, y mis ojos no te

vieron ya ni en nuestras naves, ni en nuestro camino, donde tantas veces me habría sido necesario tu apoyo para sacarme de un abismo de desgracias. Por esto, víctima del infortunio, devorado de afanes y pesares, sin esperanza en el cielo ni en la tierra, llevé á todos lados mis errantes pasos, hasta que al fin, mereciendo de los dioses más benévola mirada, te dignaste descender á la isla de los Feacios para reanimar mi valor abatido: tú fuiste la que me guiaste dentro de sus muros. En nombre de tu padre Zeus, te suplico me digas si es cierto que sean éstas las afortunadas costas de mi Itaca, ó si otra vez me he extraviado en extranjera comarca. ¡Ah! habla, ¿no es un sueño? ¿Será verdad que al fin he llegado á mi patria?

«—Veo que en nada has mudado, contestóle la diosa, y no puedo, por lo tanto, abandonarte á la desgracia: como ántes continúas siendo el caudillo prudente, fecundo en recursos, dueño de los ímpetus de tu alma. ¿Quién sería el mortal que, despues de tan larga ausencia y de tan grandes trabajos, no corriese á su morada para estrechar en sus brazos á su esposa y á cuantos séres ama? Tú, por el contrario, me detienes al paso, y sin siquiera preguntarme por Penélope, te reservas sondear por tí mismo los sentimientos de su corazon. Sabe, sin embargo, que, como siempre, permanece sin salir de su palacio, y en él te aguarda, por desgracia en vano hace mucho tiempo, pasando dias y noches en la amargura y el llanto. En medio de las adversidades que te han afligido segura estaba de que las vencerías; de que, despues de perder á tus compañeros todos, volverías á tu patria; si ántes no te dí mi auxilio fué por no atreverme á contrariar al hermano de Zeus, á Poseidon, cuya cólera te perseguía por vengar á un hijo suyo al que privaste de la vista. Mas hora es ya de desvanecer enteramente tus dudas y de que aparezca á tus ojos la deseada Itaca: mira allí el puerto consagrado á Forco; más lejos el olivar de negra sombra; junto á él la oscura gruta, fresca mansion de las Náyades, donde tantas veces les ofreciste escogidas víctimas, y por último, cerrando el horizonte, el monte Nerito, coronado de bosques.»

Al decir esto, desvaneció la diosa la nube que envolvía al héroe, y la isla se apareció de pronto á sus ojos. Á la vista de su tierra natal, sintióse dominado Ulises por inmenso gozo; arrojándose al suelo, besó aquella tierra querida, y levantando los brazos invocó en alta voz á las ninfas.

«—¡Oh Náyades, hijas de Zeus! dijo, muerta estaba en mi corazon la esperanza de volveros á ver, yo os saludo; recibidme propicias. Yo os prometo que, como en el tiempo pasado, se verán vuestros altares cubiertos con mis dones, si Atena, siempre benévola para conmigo, se digna prolongar mi vida y bendecir al hijo mio muy amado.

«—Tranquilízate, dijo Minerva, y no dudes de mi auxilio. Depositemos sin dilacion esos tesoros en la sagrada gruta, donde estarán en seguridad, y en seguida deliberarémos acerca de los medios de asegurar el buen suceso de la empresa á que estás aquí llamado.»

Penetró la diosa en la sombría gruta; á ella llevó Ulises el bronce, el oro y las telas que recibiera de los Feacios, y colocados que estuvieron, cerró Minerva la entrada con enorme peñasco. Sentáronse luego en el olivar consagrado á Palas, y dijo la diosa:

«—Generoso hijo de Laertes, prudente Ulises, piensa ahora en los medios que habrá de emplear tu brazo vengador para aniquilar á la turba que desde hace tres años reina sin pudor en tu palacio, que pretende arrebatarte á tu esposa, la más virtuosa de las mujeres, y que para alcanzar su mano así emplea ofertas y halagos como reconvenciones y amenazas. Pero llorosa siempre, no cesa Penélope de suspirar por tu llegada; á todos les da esperanzas, para ablandarlos trata á todos con dulzura, pero su corazon, créelo, está decidido á permanecerte fiel.

»—¿Qué oigo? dijo Ulises, ¿conque si tu aviso ¡oh diosa! no me hubiese puesto en guardia contra esos peligros, estaba destinado, cual otro Agamenon, á hallar en mi palacio horrible muerte? Dí ¿cómo podré castigar á esos temerarios? No me abandones, é inspírame aquella audacia de que llenaste mi corazon cuando, cediendo á nuestros comunes esfuerzos, cayeron en escombros los muros de Troya. Si así lo haces, áun cuando fuesen trescientos, los acometeré yo solo y seré invencible.

»—Á tu lado estaré, dijo Minerva, y no te faltará mi auxilio así que para nosotros se abra el campo de los combates; entónces, no lo dudo, la sangre de aquellos que devoran tu hacienda, correrá á rios por el salon de sus festines; pero ántes, á fin de hacerte desconocido para todos los mortales, quiero surcar de arrugas tu rostro, despoblar tu frente de los negros cabellos que la adornan; tus hermosos vestidos se trocarán en harapos, y quedarán apagados tus brillantes ojos, para mostrarte en tan repugnante forma á los amantes de la reina, á tu esposa y á tu hijo.

»Encamínate ahora á la cabaña del honrado Eumeo, uno de tus pastores; nadie como él te ha sido leal, ni ha tenido más amor y respeto á tu hijo y á la casta Penélope. Permanece en la morada de aquel hombre venerable; descansa en ella, y de sus verídicos labios recibirás cuantas noticias te serán necesarias. Yo, entre tanto, iré á la tierra famosa por la belleza de sus mujeres, á Esparta, á fin de apresurar el regreso de tu hijo Telémaco, el cual ha visitado á Menelao para saber por él y por la Fama lo que de tí había sido.

»—Pues ¿cómo conociendo tú mi destino, no le dijiste mi paradero? ¿Tócale tambien á él ser juguete de las tempestades y de la fortuna, miéntras codiciosos extranjeros hacen presa en su patrimonio?

»—Nada temas por tu hijo, respondióle Minerva. Yo fuí quien le excitó á partir; yo quien le acompañó con objeto de difundir su fama por la Grecia entera. Lejos de arrostrar peligros, hállase sentado en el palacio del hijo de Atreo, del cual ha recibido magnífica acogida. Es cierto que los magnates enemigos de tu casa, embarcados en ligera nave, le tienen dispuesta una celada y se proponen inmolarle; no se aviene su ira con aguardarle en la ciudad; pero ántes que vean cumplido su designio, sepultará la tierra á los inícuos pretendientes.»

Dicho esto, tocó la diosa á Ulises con su poderosa varilla, y en el mismo momento le convirtió en decrépito anciano rendido al peso de los años. Encima de su andrajoso traje colgaba raida piel de ciervo; en su mano temblorosa puso Minerva un cayado, y de grasienta correa pendía en su hombro un zurron viejo y roto.

Con precipitado vuelo elevóse Minerva por los aires, y Ulises, volviendo la espalda á la costa, tomó por el enriscado monte el áspero sendero que aquella le indicara y que le condujo á la mansion del rabadan Eumeo, que, hijo de un príncipe de Sira ó de Sciros, apresado durante su infancia por corsarios y vendido por éstos á Laertes, era entre todos los servidores del rey, el que con mayor celo velaba por los bienes de su señor. Hallóle sentado en la entrada de bella morada construida en la sima de aislada colina; sin auxilio de la reina ni del anciano Laertes, el fiel servidor, durante la ausencia del rey, había elevado aquella cabaña para sí y su numeroso ganado, aunque muy mermado por los amantes de Penélope. Cuatro mastines como cuatro leones velaban sin cesar en su custodia, y tres pastores lo sacaban al pasto; otro se dirigía á la ciudad con un cerdo, que era el tributo diario que exigían los nuevos señores, y Eumeo cortaba de un pellejo de buey unos botines, cuando aquellos animales, divisando á Ulises, se precipitaron sobre él con furiosos ladridos. Apelando á la astucia, el héroe se sienta y deja su cayado en el suelo; pero áun así y en su propia casa habría sido víctima de su furor, á no acudir Eumeo presuroso que á gritos y á pedradas logró al fin ahuyentarlos. En seguida dirigiéndose al rey, le dijo:

»—En poco ha estado, anciano, que no hayas sido en mi puerta misma devorado por esos perros furiosos; nuevo motivo para mí de dolor y oprobio habría sido cuando tantos son ya los que tengo para estar triste y gemir. Paso mi vida deplorando la ausencia de un señor, semejante por sus virtudes á los inmortales, y cuidando asíduamente de sus numerosos rebaños; pero al paso que su fiel servidor se vé obligado á proveer la mesa de sus mortales enemigos, quizas él, privado de alimento, vaga por las ciudades y los campos extranjeros. ¡Ay! ¡quién sabe si respira aún, si el sol le alumbra todavía! Pero acércate, anciano, sígueme á la casa, y allí, despues de apagar el hambre y la sed, me dirás cuál es tu país y el peso de infortunios que á tu vez recibiste del destino.»

É hízole entrar en la cabaña, disponiendo para él rústico asiento de hojarasca, encima de la que extendió la blanda piel de una cabra montés. Satisfecho Ulises con su amistosa acogida, le dijo:

«—¡Concédante Zeus y los inmortales todos, en recompensa de tu buen corazon, lo que más desees!

»—Extranjero, contestó el pastor, delito indigno de perdon sería en mí recibir mal á quien busca aquí un asilo, áun cuando fuese su condicion inferior á la mia. Viandantes y mendigos tienen á Zeus por padre, y si bien son muy pequeños los dones que puedo yo ofrecerles, no es menester que sean grandes para que muchas veces consuelen y alivien. No es posible exigir más de quien está cual yo sometido á señores en edad mozos y por carácter altivos. Los dioses no han querido que aquí regresara aquel que, bien puedo decirlo, me quería: habríame dado cómoda morada, cierta opulencia, una esposa por muchos solicitada, y cuantos beneficios, en fin, puede esperar de un buen amo el criado leal cuyo trabajo ha sido como el mio asíduo y bendito por el cielo. Sí, no me cabe duda de que habría alcanzado grandes pruebas del liberal afecto de mi rey, á haber tenido él la suerte de envejecer en su palacio; pero ¡ay! no existe ya. ¿Por qué no pereció hasta su principio el linaje de aquella Helena que á tantos ilustres personajes precipitó en los infiernos? pues has de saber que el príncipe de que te hablo marchó á vengar la gloria de Agamenon y fué otro de los que combatieron en los campos de la famosa Troya.»

Dicho esto, salió para volver con dos lechones, á los que mató, despedazó y asó á la llama en brevísimo tiempo. Sirvió luego su carne, rociada con flor de harina, y presentó al huésped ancha copa de haya en la que mezcló con agua cristalina el grato licor de la vid.

«—Extranjero, le dijo, aliméntate con la carne de esas dos tiernas víctimas, destinadas á los servidores; los verracos con solicitud cebados han de reservarse para los pretendientes de la reina, hombres que han desterrado de su pecho la compasion y el miedo á celeste castigo. Pero los justos dioses detestan la violencia, y sólo honran y premian la justicia y la piedad, y si aquellos que despues de devastar extranjeras costas han regresado felizmente á sus casas en naves cargadas de rico botin, no pueden ahogar jamas en lo íntimo de sus corazones un secreto temor de la venganza divina, preciso es que nuestros magnates hayan sabido por indubitable conducto alguna noticia para nosotros muy triste, que la voz de una divinidad les haya anunciado la muerte del héroe á quien lloramos, ya que en vez de permanecer en la paterna morada y de observar en su pretension á la regia mano de Penélope las leyes de la justicia y del honor, están desmembrando y arruinando este patrimonio sin remordimientos ni medida. Cuantos

dias y noches se suceden por voluntad de Zeus, ven el sacrificio, no de una ni de dos, sino de muchas víctimas para sus festines. El vino que sin cesar llena sus copas ha de faltarnos en breve, y en todo estamos padeciendo, para decirlo de una vez, un verdadero saqueo. Has de saber que el hombre de esta manera despojado disfrutaba de bienes inmensos que no habrían sido igualados por los de veinte magnates entre los más poderosos de Itaca y del inmediato continente. Poseía en los campos de Epiro doce hatos de bueyes, doce manadas de carneros, otras tantas de cabras é igual número de piaras de cerdos, gobernadas unas por extranjeros y otras por antiguos y leales pastores. Tenía ademas en la isla de Itaca once manadas de cabras que pacen en prados distantes de aquí, y no transcurre dia sin que en alguna de ellas deje de escogerse la mejor

Fig. 687. — Ulises y las Sirenas.

res para llevarla á nuestros amos. Yo, que cuido especialmente de los porquerizos, no tengo suerte mejor, pues es obligacion mia examinar cada dia las piaras y enviar á la ciudad la víctima mejor cebada.»

Miéntras así hablaba el fiel Eumeo, apagaba Ulises el hambre y la sed, sin dejar de meditar en el fondo de su alma la ruina de sus enemigos. Habíale escuchado en silencio, hasta que, teniendo la copa en la mano, le preguntó:

«—Díme, amigo mio, ¿quién es el hombre, que tan rico y esforzado me pintas, que tuvo la rara suerte de comprarte para confiar á tu celo la custodia de sus ganados? Me has dicho que sacrificó sus dias á la gloria de los Átridas, y si me dieras acerca de él alguna seña podría decirte si le he conocido ó nó. Saben los dioses si alguna vez le habré encontrado en mi camino y si podría participarte algo sobre su destino. ¡He viajado yo tanto!

»—¡Oh anciano! contestó el venerable pastor, pasado es ya el tiempo en que los viajeros, anunciándonos el regreso del infeliz rey, ganaban en seguida la confianza de Penélope y su hijo. Achaque comun á los que llevan errante existencia es forjar fábulas para obtener asilo y mercedes, y así es que cuantos extranjeros eran traidos por la suerte á Itaca, al presentarse á mi señora la halagaban con ilusorias esperanzas. Recibíalos Penélope con anhelante afan por averiguar algo acerca de la suerte del esposo, y entre llanto y suspiros dirigíales siempre las mismas preguntas. Como ellos, es probable,

buen anciano, que en tu miseria te propasaras á exageraciones, á noticias fabulosas con objeto de alcanzar una túnica ó un manto de más abrigo, cuando la verdad es que el príncipe infeliz habrá sido pasto de los animales voraces del cielo y de la tierra, que no quedarán de él sino los huesos y que su alma habrá volado hace tiempo de sus labios; ó bien, devorado en las olas por los marinos monstruos, sus restos, arrojados á la playa, habrán desaparecido bajo montones de arena. Tal su fin habrá sido, y ha dejado á sus amigos, y á mí más que á ninguno, sumidos en dolor profundo. No, jamas, áun cuando corriese el mundo entero, podría hallar amo tan bueno, y le lloro más aún que á la casa en que se abrieron mis ojos á la luz del dia, y que á los padres que cuidaron de mi infancia. Todo lo daría por gozar una vez sola de la presencia de Ulises. Aunque no pueda oirme, cree, extranjero, que me acuso de haberle llamado con su nombre sólo, sin tributarle de corazon y de boca respetuoso homenaje. Las pruebas de afecto que de él tengo recibidas son muchas, y á pesar de su prolongada ausencia, jamas suele salir su nombre de mis labios sin ir acompañado del título venerable de hermano mayor.

»—Amigo mio, dijo el héroe completamente dueño entónces como siempre de los impulsos de su corazon, por más que te obstines en apartar de tí la esperanza de su regreso y nada baste á persuadirte de lo contrario, júrote que Ulises volverá. Y no tengas por vanas estas palabras mias, y por lo mismo comienza á preparar la recompensa que merezco por esta buena nueva. Así que tu señor pase los umbrales de su casa, habrás de regalarme hermosos vestidos, túnica y manto; hasta entónces, por mucha que sea mi necesidad, rehuso tus dones. No son para mí más odiosas las puertas infernales que aquellos que, embrutecidos por la miseria, descienden á forjar halagüeñas falsedades, y al señor de los dioses, á esta mesa hospitalaria, al hogar del discreto Ulises adonde el cielo me ha traido, á todos pongo por testigos de que has de ver el cabal cumplimiento de mis palabras. Antes de concluir el año presente estará Ulises de regreso; se presentará á fines de este mes ó á principios del próximo, y castigará á cuantos han tenido la avilantez de ultrajar á su esposa y á su hijo.

»—Seguro estoy, ¡oh anciano! de que no habré de recompensarte por tus agradables nuevas, repuso Eumeo; Ulises no volverá á su palacio. Apura, pues, tu copa, y pasando á hablar de otras cosas, no avives en mi mente tan triste recuerdo; cada vez que oigo mentar al venerable rey, siento desgarrado el pecho de dolor. ¡Ojalá pudiese Ulises volver á esta tierra: mis votos quedarían colmados, lo mismo que los de Penélope, del anciano Laertes y del jóven Telémaco, el cual parece nacido de padres divinos. Pero en este instante aquéjame otra nueva inquietud y estoy temblando por la suerte del hijo de Ulises. Crecía ¡ay! hermoso y denodado, y me complacía en mirarle pensando en aquel dia en que, ocupando entre los héroes distinguido lugar, se elevaría por sus hazañas y por su prudencia á lugar no inferior al de su padre; pero un mortal ó una divinidad ha fascinado su inteligencia, por lo comun tan recta, y ha partido á Pilos á fin de inquirir noticias de su padre. Para cuando regrese ármanle celadas los altivos magnates, los que se proponen nada ménos que erradicar con él sin gloria de esta isla de Itaca toda la estirpe del divino Arcesio. Pero, pues, no podemos socorrerle, apartemos la mente de tan triste asunto; quizas morirá, quizas, teniendo por apoyo el poderoso brazo de Zeus, logre librarse de sus enemigos. De tus propias desgracias háblame ¡oh anciano! y sin ocultarme cosa alguna, satisface el deseo que de conocerte siento. ¿Quién eres? ¿Cuál es tu patria? ¿Quiénes tus padres? Y pues no has podido pasar á pié el imperio del mar, ¿qué nave, qué marinos te han conducido á esta isla?

»—A cuanto me preguntas voy á contestarte, dijo Ulises; pero advierte que áun cuando con abundancia de manjares y no escaso vino permaneciéramos un año entero sentados en este sosegado aposento sin interrumpir nuestra conferencia miéntras desempeñasen otros nuestro trabajo, aún así no bastaría aquel tiempo para acabar el relato de cuantas penas é infortunios han caido sobre mí por voluntad de los dioses inmortales.

»En la dilatada isla de Creta ví la luz primera, y fué mi padre opulento y poderoso. Crecían conmigo varios hijos nacidos de legítimo himeneo; mi madre fué una concubina, adquirida como esclava, pero no era distinto ni inferior al de aquellos el lugar que yo ocupaba en la casa y familia del hijo de Hilacis, de Cástor, que así mi padre se llamaba. Sus dignidades, sus tesoros, sus hijos atraíanle de parte de los Cretenses los homenajes que á los dioses se tributan, lo cual no impidió que el Destino le llamase, ántes de haber llegado para él los dias de la ancianidad, á la morada de Hades. Altivos mis hermanos y de duro corazon repartieron entre sí, segun las leyes de la suerte, sus vastas haciendas; una casita y un corto caudal fué cuanto para mí dejaron. A poco, sin embargo, entré por la puerta del himeneo en una de las primeras familias de la isla, sin otros méritos que los propios, pues era arrogante mi figura y era por mi valor muy renombrado. Hoy los años y las desgracias me lo han arrebatado todo; pero si con atencion me consideras todavía por el rastrojo podrás juzgar de la cosecha. Ares y Atena me animaron de guerrera audacia y de vigor terrible; si puesto en emboscada á la cabeza de algunos hombres animosos presentábase la muerte bajo mil formas espantosas, no la veía yo, y jamas llegué á saber lo que era el miedo. Precediendo á los mios volaba ántes que nadie al ataque, y ántes que ninguno me alcanzase ya mi dardo había derribado al adversario por mi brío arrollado y reducido á la fuga. Esto fuí en los campos de la guerra, y esta profesion era la única que

tenía encanto á mis ojos: la labranza, los domésticos cuidados, el más grato de educar á mis hijos, no pudieron cautivarme; las naves armadas, las relucientes lanzas, las flechas, las batallas, aquellos objetos y aquellas escenas que á muchos mortales causan estremecimiento de horror, eran el deleite de mi alma. Antes que los hijos de Grecia bogasen á las riberas de Troya, había yo nueve veces atravesado el mar á la cabeza de guerreras flotas, obteniendo la opulencia en premio de mis proezas, pues como caudillo escogía el botin más rico y participaba ademas en el que se repartía por suerte. Esto hizo que en poco tiempo alcanzase mi casa inusitado esplendor y que fuese mi nombre entre los Cretenses célebre y honrado.

»Entónces fué abierta por Zeus la senda fatal que tantos héroes había de costar á las naciones griegas, y con el ilustre Idomeneo fuí nombrado para guiar nuestras naves á Ilion. En vano habría sido mi deseo negarme á tal honor: la voz del pueblo desvanece con una palabra sola la gloria de un guerrero, y acepté. Allí pasamos nueve años que lo fueron para nosotros de sangrientos combates; al fin rendimos á Troya, y emprendimos el regreso á la patria. Airados los dioses dispersaron nuestra armada, y en aquellos momentos empezaron para mí las grandes desgracias que me tenía Zeus reservadas.

»Apénas hube pisado otra vez la tierra de Creta y probado el contento de descansar de tantas fatigas entre mi esposa, mis hijos y criados, asaltóme nuevo deseo de bogar hácia las playas de Egipto acompañado de ilustres camaradas. Para ello equipé nueve bajeles, y reunidos los que habían de marchar á mis órdenes, pasamos seis dias en alegres festines, cubriendo con humeantes víctimas los altares de los dioses y las mesas de los comensales. Nos embarcamos al fin, y empujados por el sutil y sereno Bóreas, nos alejamos de Creta bogando con tanto sosiego como si descendiéramos por la corriente de tranquilo rio. Cinco dias transcurrieron, pasados los cuales llegamos á las claras aguas con que el Egipto fertiliza extensa comarca; echamos anclas, y con órden de no alejarse mucho de la flota envié á gran número de los mios á la descubierta por los cercanos montes; pero en vez de limitarse al cumplimiento de mis órdenes, no tardaron, abandonándose á los impetuosos movimientos de su ferocidad natural, en devastar aquellas magníficas campiñas, en dar muerte á los indefensos aldeanos y en reducir á esclavitud á niños y mujeres. Al estrépito de la acometida, á los gritos de los infelices cunde la alarma en la ciudad inmediata, y á la siguiente aurora vese cubierta la costa de armados guerreros y bélicos carros. En aquel duro trance el dios del trueno envía á mis compañeros el miedo y el terror, su valor se desvanece, y casi sin oponer resistencia son envueltos, acuchillados, y reducidos á esclavitud los que sobreviven. Para librarme de la muerte ó las cadenas no ví entonces más que un medio, pues Zeus, como á todos, me privó de mi proverbial denuedo; ¿por qué ¡ay de mí! no caí cadáver en la arena ántes de tan cruel instante? Despojándome del yelmo y del escudo, arrojando lejos de mí la inútil lanza, me adelanto hácia el carro del rey, y con suplicantes ojos imploro su piedad; con ella me ampara, y otorgándome la vida colócame junto á él en su carro para conducirme á su palacio. Mi pecho agradecido enviaba á mis párpados abundantes lágrimas, y entretanto los soldados que en furioso tumulto nos seguían llegaban á veces hasta mí, haciendo brillar á mi vista la punta de sus lanzas, deseosos de hundirlas en mi cuerpo. Por respeto á Zeus, á cuyo amparo están los derechos de la hospitalidad y de la inocencia y que es vengador de los delitos, contenía el rey su furor y salvó mi amenazadora existencia.

»Siete años permanecí en el país; colmado por todos de presentes pude reunir gran riqueza; mas al llegar el año octavo un Fenicio, malvado insigne, causador de infortunios que había sido para muchos mortales, vino á mí, y con artificiosos ardides me excitó á seguirle á Fenicia donde tenía casa y bienes. Un año estuve con él, y transcurridos dias y meses, al empezar de nuevo el sol su carrera, propúsome surcar el mar para acompañarle á Libia, fingiendo tener necesidad de mi auxilio para gobernar la nave, cuando en realidad había resuelto venderme allí con la esperanza de obtener gran precio. Por más que algun destello de luz iluminó alguna vez mi mente naciendo en ella vehementes sospechas, quiso el Hado que le siguiera, y con él salí á la mar.

»Con cielo sereno y viento favorable vuela nuestra nave por la líquida llanura, y á poco vuelvo á ver, enagenado de gozo, las costas de Creta, mi patria. Pero ya Zeus meditaba la ruina de mis compañeros, y así que perdidos de vista los montes de la isla sólo vimos agua y cielo, amontonó sobre nuestro buque densas nubes que difunden por el mar una noche tenebrosa. Oyense redoblados truenos; Zeus fulmina su rayo contra el buque, y herido éste por la terrible diestra, gira con más rapidez que un torbellino y se llena de azufre y de humo. Todos nosotros fuimos precipitados al agua, y semejantes á marinas aves arrastrábannos las olas al rededor de la nave; poco á poco fueron desapareciendo uno tras otro, devorados por las olas, é igual suerte iba á ser la mia cuando el señor de los dioses acercó á mí y me puso entre las manos el largo mástil del bajel y me arrancó de la muerte. Abrazado con el palo me abandono á la tempestad, que por espacio de nueve dias me lleva y me impulsa, hasta que al fin, en medio de oscura noche, una fuerte oleada me arroja á las playas de los Thesprotos. El héroe Feidon que sobre ellos reinaba, otorgóme generoso hospitalidad; su hijo me encontró en la arena, extenuado de frio y cansancio, y sosteniendo mis vacilantes pasos me acompañó al palacio de su padre.

»Allí oí nombrar á Ulises, y por Feidon supe que había recibido hacía poco con amistoso afecto al héroe, el

cual se dirigía á su patria. Mostróme ademas, depositados en su palacio, los tesoros que Ulises había adquirido: oro, bronce, hierro labrado, telas preciosas, formando riqueza capaz de sostener á una familia hasta la décima generacion. Díjome que el prudente caudillo había partido á Dodona para consultar el portentoso roble cuya cima se oculta en las nubes, deseoso de saber por Zeus que habla en él, si era la voluntad de los dioses que despues de su prolongada ausencia volviese á su querida Itaca en triunfo y como su rey que era, ó sin darse á conocer. Recuerdo que estando ofreciendo libaciones á los moradores olímpicos, juróme Feidon que la nave y los remeros que habían de conducir á Ulises á su tierra natal estaban prontos en el puerto aguardando únicamente su regreso; pero yo no lo esperé. A ruego mio aprovechó aquel soberano la ocasion de partir un bajel á la feraz Duliquio para ordenar á los marineros que me dejaran en poder del rey Acasto. Sin embargo, en vez de cumplirlo formaron contra mi pérfida trama; al estar el bajel en alta mar cayeron sobre mí, redujéronme á esclavitud, y despojándome del manto y la túnica, me dieron estos vestidos, ó por mejor decir, estos andrajos. Anclados, al llegar la tarde en estas costas, atáronme fuertemente al mástil; pero miéntras en la playa se entregaban ellos á alegre banquete, los dioses rompieron mis ligaduras, me tiré al agua, y pude llegar á tierra donde me escondí en espeso matorral. Furiosos mis enemigos me buscan por todos lados hasta que al fin, no considerando del caso penetrar tierra adentro, se reembarcan, y poderosos los dioses que sin duda quieren prolongar aún más mi existencia, me guían á la cabaña de un hombre virtuoso.

»—Tu relato, extranjero infeliz, ha conmovido mi corazon; pero lo que de Ulises me has dicho no es creible. ¿Por qué faltar en este punto á la amistad que me debes? ¿Qué hay que te obligue, venerable anciano, á inventar inútiles consejas? Bien sé lo que me toca pensar del regreso de mi querido señor, objeto del encono de los dioses que no han querido hacerle caer delante de los muros de Troya, ni espirar á su vuelta en brazos de los suyos, inmortalizado en soberbio monumento que le habría erigido la Grecia entera y transmitiendo á su hijo su inmarcesible gloria. Sí, las crueles Arpías le han arrebatado de la tierra. Y esto me tiene tan afligido y desconsolado que apénas salgo de esta soledad; á ménos que la discreta Penélope me llame si de cuando en cuando recibe alguna noticia de su esposo, no penetro jamás en la ciudad, y al paso que es costumbre lo mismo entre aquellos que lloran la ausencia del rey como entre los que de ella se alegran, interrogar á cuantos extranjeros llegan á la isla, yo, perdida toda esperanza, no me fatigo en inútiles pesquisas, sobre todo desde que me engañó un Etolio que, proscrito por asesinato y errante por la tierra, recibió en esta cabaña hospitalidad. Entre deslumbrantes promesas díjome haber visto al héroe en la corte de Idomeneo, en la isla de los Cretenses, en la cual reparaba sus naves, maltrechas por la tempestad; juróme que por todo el estío ó á principios del otoño le veríamos volver entre nosotros con inmensos bienes, y y que con él regresarían sus intrépidos compañeros. Por lo tanto, no trates, infeliz anciano traido por un dios á mi casa, de endulzar mis pesares engañando mi afliccion; no sería esto lo que me indujera á recibirte bien y á respetarte, sino el temor de Zeus, valedor de los extranjeros, y la compasion que por tus desgracias siento.

»—No creo que jamas haya habido corazon tan cerrado como el tuyo á la persuasion, repuso Ulises; pero ya que ni protestas ni juramentos logran convencerte, hagamos un pacto, poniendo de él por testigos á los olímpicos dioses. Si vuelve tu señor á estos lugares me darás una túnica y una capa y me conducirás á Duliquio, adonde deseo encaminarme; si continúa ausente y no parece, despéñenme tus servidores de esa escarpada roca. Con ello alzanzarás que los indigentes escarmienten y no recurran más á la vil impostura.

»—¡Buen renombre alcanzaría entre los vivientes y las generaciones futuras, dijo Eumeo, si despues de haberte tenido bajo mi techo y agasajado como amigo, llegase á privarte de la vida! ¿Cómo, reo de tan negro delito, podría elevar mis preces á los hijos de Cronos? Pero llegada es la hora de la comida y mis compañeros no tardarán; quiero que en celebracion de este dia alegre un festin mi cabaña.»

Apénas ha pronunciado estas palabras, cuando se presentan los pastores con las numerosas piaras; resuena la estancia con confusos, prolongados y tumultuosos gruñidos, y los animales corren á sus pocilgas en busca de reposo. Entónces el mayoral Eumeo, elevando la voz, dice:

«—Traed el mejor cerdo de la casa; deseo ofrecer un sacrificio á los dioses en honor del huésped que de tan lejos ha venido, y con ello podrémos reanimar un poco nuestras fuerzas y valor, y cobrar ánimo para sostener el peso de las penas y cuidados que nuestro cargo nos impone, velando sin cesar sobre el ganado, miéntras que injustos extranjeros devoran impunemente el fruto de nuestro trabajo.»

Al decir esto, armado con pesada segur, hendió un robusto tronco de encina, y luego que los pastores trajeron un cerdo de cinco años, fuerte y gordo, y lo colocaron junto al hogar, el piadoso Eumeo dió comienzo al sacrificio arrojando á la llama el pelo arrancado de la cabeza de la víctima, y pidió á los inmortales en alta voz y con fervoroso acento que se dignaran guiar al fin á su palacio al noble y prudente Ulises. Desgajó en seguida parte del hendido tronco, y con ella armado descargó recio golpe á la víctima, la cual cayó espirante; degollada inmediatamente y descuartizada, separó Eumeo la ofrenda á los inmortales, é hizo de la carne siete partes: dedicó la primera á las ninfas y la segunda á Hermes; la tercera, que comprendía el lomo y era, por

lo mismo, la más estimada, dióla á Ulises, y él y los tres pastores tomaron lo restante. Halagado el rey con aquella distincion, dijo con acento conmovido:

«—A Zeus ruego ¡oh Eumeo! que te ame como te amo yo por la hospitalidad que me concedes y la benevolencia que de tí merezco á pesar del miserable estado á que me ves reducido.

»—Goza, desgraciado amigo, contestóle el buen Eumeo, goza de lo que puedo ofrecerte y abre tu corazon á la alegría. Zeus, cuyo poder no tiene límites y que gobierna los acaecimientos, otorga á los hombres alternativamente la dicha y la desgracia.»

Y despues de arrojar á las llamas las primicias en honor de los inmortales y de hacer las ordinarias libaciones, puso la copa en manos de Ulises, que estaba sentado á su lado. El esclavo Mesualo distribuía el pan.

«Apagado el apetito, retiráronse todos á descansar: á la claridad del dia había sucedido una noche oscura y fria. Zeus desciende del cielo en copiosos torrentes de lluvia; silba el viento de occidente, y queriendo Ulises probar á Eumeo y ver si por él, mísero anciano, se despojaría de su manto ó dispondría que alguno de los suyos se lo diese, le dice:

»—Eumeo, y vosotros, amigos, escuchadme. Si me propaso a elogiarme, sea el vino mi excusa; cuando él domina, el más cuerdo se vuelve necio, y canta y rie y baila más de lo que consiente la decencia. El vino arranca de lo más íntimo del pecho muchas palabras que habrían debido quedar allí encerradas, de manera que si no me es dable poner freno á la lengua ¿qué remedio queda sino soltarla? ¡Ah! ¡Quién me diera recobrar la juventud y el vigor que poseía en aquellos tiempos en que armábamos celadas á los Troyanos al pié de sus mismos muros! Ulises, Menelao y yo solíamos ser los directores de la emboscada; llegados junto á las altas murallas, nos deslizábamos por entre las breñas y juncales que crecían en unos terrenos pantanosos, y allí, cubiertos con nuestras armas, permanecíamos tendidos aguardando la ocasion propicia. Recuerdo que en una noche fria y borrascosa como ésta, cayendo menuda lluvia que se helaba ántes de llegar al suelo y soplando el destemplado Bóreas, mis compañeros, envueltos en sus mantos y con el escudo por almohada gozaban de tranquilo sueño, al paso que yo, que insensato había dejado el manto en la tienda sin prever la noche glacial que nos esperaba, sentíame aterido, tanto que, al comenzar á declinar los astros, no pudiendo resistir más, dí suavemente con el codo al hijo de Laertes, que dormía junto á mí y que se despertó en seguida.

»—Generoso y prudente Ulises, le dije, dentro de poco dejaré de estar entre los vivos; no tengo manto y el frio me mata. Una divinidad falaz me ha inducido á salir sin más abrigo que la túnica, y mis miembros están helados. Esto es hecho, ántes del alba habré exhalado el postrer suspiro.

»Ulises, siempre fecundo en recursos lo mismo en los consejos que en las batallas, halló en seguida medio para socorrerme. Acercando sus labios á mi oido, díjome tan bajo que apénas llegó á moverse el aire:

»—Calla y que nadie sepa lo que te sucede.

»En seguida, con voz más alta, dirigiéndose á la compañía, añadió:

»—Amigos mios, acabo de recibir en sueños celestial aviso. Estamos á gran distancia del campamento, y conviene que sin dilacion corra alguno de vosotros á rogar á Agamenon que nos envíe refuerzos cuanto ántes.

»Dijo, y Thoas, hijo de Andremon, se levantó, despojóse de su manto de púrpura y tomó corriendo el camino de las tiendas. Con él me abrigué yo y dormí sosegado hasta la salida de la Aurora. ¿Por qué no he de poder presentarme á vuestros ojos como era en mi mocedad? Alguno de estos pastores, no lo dudo, me daría su capa, tanto por deferencia como por amistad á un hombre honrado; ahora, bien lo veo, estos andrajos sólo sirven para inspirar repugnante desprecio.

»—Ingenioso ha sido tu relato ¡oh anciano! dijo Eumeo, y de cada vez admiro más la discrecion de tus palabras. No te faltará esta noche capa ni cuanto pueda desear tu miseria; pero como no tenemos de repuesto capas ni túnicas, sino un traje y no más cada uno, fuerza será que mañana te contentes con tus andrajos. Si volviese nuestro jóven príncipe, el querido hijo de Ulises, estoy seguro de que tomaría gustoso sobre sí el cuidado de vestirte y enviarte al punto que deseas.»

Y dicho esto, arregló junto al hogar, con velludas pieles de cabra y oveja, blando lecho en el que se acostó Ulises. Eumeo le cubrió con la ancha y recia capa que usaba únicamente en el rigor del frio.

En seguida, miéntras en la inmediata estancia se acostaban los pastores, armóse con ancha espada y con un venablo que era espanto de ladrones y perros, y embozado en el manto dejó la cabaña para ir á dormir junto á sus rebaños, al abrigo de cavernosas peñas.

El fiel servidor no sabía descansar lejos del ganado, y Ulises se sonrió contento al ver el celo con que, en ausencia suya, eran cuidados sus bienes.

En tanto Minerva había volado á Lacedemonia para advertir á Telémaco de la necesidad de apresurar su regreso. Hallóle con Pisistrato acostado en el pórtico del palacio de Menelao; pero así como el hijo de Néstor estaba entregado al sueño, mantenía á Telémaco despierto la incertidumbre que le atormentaba acerca de la suerte de su padre.

«—Hijo de Ulises, le dijo la diosa, no conviene que dilates tu ausencia y dejes tu casa entregada á hombres insolentes. Levántate y ruega á Menelao que apresure tu marcha, si deseas hallar aún en tu hogar á tu virtuosa madre. Quieren obligarla su padre y sus hermanos á elegir al fin por esposo á Eurímaco, quien ha aventajado á sus rivales todos por la magnificencia de sus ofre-

cimientos, y si tal himeneo se consuma es posible que pierdas otra gran parte de tu herencia. El corazon de la mujer se inclina de ordinario á hacer objeto de toda su solicitud el hogar del segundo esposo; aquel que ántes recibió sus juramentos y que yace en el sepulcro, los hijos que fueron fruto de su union no tardan en desaparecer de su memoria. No te detengas, pues, vuelve á tu casa, y su gobierno, así que tu madre se aleje, confíalo á tu esclava más prudente y fiel, en tanto no te presenten los dioses la esposa que te está destinada. Parte, pero ten presente lo que voy á decirte. Decididos á darte muerte ántes que llegues á tu tierra natal, tus enemigos más animosos te esperan en emboscada en el estrecho formado entre Itaca y las rocas de Samé. Aunque confío que, lejos de lograr su objeto, no tardarán en descender á la mansion de los muertos, guárdate de detenerte en el lugar de la celada; pasa por allí de noche, y la divinidad que te protege cuidará de enviarte favorable viento. Así que llegues á Itaca, despide para la ciudad á tus compañeros y dirígete sin demora á la cabaña del leal Eumeo. Pasa allí la noche, y á la siguiente mañana envía un mensaje á la discreta Penélope anunciándole tu llegada y la seguridad de que gozas.»

Voló luego la diosa hacia el Olimpo, miéntras Telémaco quedó esperando con ansia la venida de la Aurora. Apénas pintó ésta con rosadas tintas el cielo, cuando vistiendo el príncipe su brillante túnica, salió al encuentro de Menelao, quien, á su vez, se dirigía á visitarle, y le rogó que sin demora le permitiese volver á la casa paterna.

«—Si es tanto tu deseo de marchar, díjole el rey, lejos de mí, querido Telémaco, exigir que prolongues tu estancia en mi palacio. No son de mi gusto los huéspedes frios, pero tampoco los impertinentes: el camino de en medio es siempre el que escoge el sabio. Si indecoroso es instar la partida de un extranjero, no lo es ménos emplear una especie de violencia para detenerle. De hallarse bien en nuestra casa, tratémosle con afecto; cuando resuelva dejarnos no le contrariemos. Confío, sin embargo, que no te negarás á concederme algunos instantes de próroga: quiero colocar en tu carro mis dones, y que las mujeres de mi palacio, donde reina la abundancia, te preparen un festin; concluido que sea, montaréis en vuestro carro y correréis con mayor ánimo y gozo por los dilatados campos de la tierra. Si fuese tu deseo recorrer la Grecia, yo mismo te acompañaría, y volverías á Itaca colmado de presentes: no habría príncipe que no te diese una urna preciosa, un trípode, una copa de oro, ó un par de mulas, como testimonio de la amistad que todos te profesan.

»—Ilustre Menelao, dijo Telémaco, volver á mis hogares es lo único que deseo. En mi afan por partir no cuidé de confiar la vigilancia de mis bienes á fiel servidor, y en tanto que corro inútilmente en pos de mi padre, es posible que acelere mi propia ruina y que á mi regreso encuentre mi palacio despojado de los tesoros más estimados.»

Sin dilacion dicta Menelao las órdenes para el festin, y en tanto lo disponen sube con su esposa Helena y su hijo Megapento á elevada estancia en la que guardaba maravillosas preciosidades. Escoge una magnífica copa, entrega á Megapento una urna de plata, y Helena, de un oloroso cofre, saca un deslumbrante velo, obra de sus manos. Llevando estos objetos, preséntanse al hijo de Ulises.

«—Príncipe querido, le dijo Menelao, quiera el dios del trueno otorgarte viaje tan feliz cual tu corazon lo desea. De cuantas joyas encierra mi palacio, destino para tí la más rica; toma esta copa, que Hefestos labró con sus propias manos. El héroe Fédimo, rey de Sidon, me la dió cuando á mi regreso de Troya gusté en su alcázar grato descanso. ¡Haga el cielo que por dilatados años la poseas!»

Megapento ofrecióle la reluciente urna y Helena el precioso velo.

«—Hijo mio, le dijo al entregárselo, recibe este don en testimonio de mi amistad, y adorna con él á tu esposa el dia feliz de tu himeneo. Hasta entónces ponlo en poder de la reina, tu querida madre.»

Con gozo acepta Telémaco los preciosos regalos, y luego que por Pisistrato son colocados en el carro, comienza el opíparo festin. Eteoneo trincha y sirve los manjares; el hijo de Menelao presenta las copas á sus huéspedes.

Enganchados los corceles, suben los dos jóvenes al carro. Menelao los ha seguido hasta los umbrales del patio con la copa en la mano á fin de consagrar con libaciones su partida.

«—Príncipes, les dijo, recibid mi despedida, y decid á Nestor que incesantemente elevo preces al cielo para su felicidad. Jamas olvidaré que en todo el tiempo que peleamos en los campos de Troya, hallé en él el cariño y la bondad de un padre.

»—Cierto puedes estar ¡oh rey magnánimo! dijo Telémaco, de que sabrá Nestor la amistad que le conservas. ¡Ojalá que, de regreso á Itaca, pudiese yo enseñar á Ulises tus hermosos dones y referirle las pruebas de afecto que me has dado.»

Hablaba aún el príncipe cuando á su derecha voló un águila, llevando entre sus garras á un ánsar blanco criado en palacio. Un grupo de hombres y mujeres seguía al raptor dando voces, hasta que le vieron elevarse hacia las nubes. Todos los asistentes consideraron el suceso como de feliz agüero, y tomando Helena la palabra, dijo:

«—Oid, voy á revelaros lo que los dioses me inspiran. Esa águila que, dejando el monte donde nació y donde le aguardan sus aguiluchos, ha arrebatado sin esfuerzo al ánsar criado en esta casa, es Ulises que, despues de incesantes desgracias, vendrá de los confines de la tierra y castigará á sus enemigos. Quizas se encuentra ya en su isla y se dispone á ejercer su venganza.

»—Quiera el esposo de Hera, el dios del trueno, cumplir tu oráculo, dijo Telémaco con acento alborozado, y como á una divinidad te rendiré el tributo de mis adoraciones.»

Dijo, y excitando con el látigo á los briosos corceles, atravesó el carro el pórtico sonoro; salió de la ciudad y corrió todo aquel dia, llegando por la noche á Feres. Hospedáronse los príncipes en la casa de Diocles, hijo de Orsíloco, nacido del rio Alfeo; á la mañana siguiente pusiéronse otra vez en marcha, y á poco se encontraron cerca de los altos muros de Pilos.

«—Amigo del alma, dijo entónces Telémaco á Pisistrato, déjame en este sitio; no me obligues á entrar en Pilos, alejándome de mi nave. Temo que tu padre, para darme nuevos testimonios de su afecto, me detenga á su lado, y á cada instante que pasa crece mi impaciencia por volver á Itaca.»

Accede Pisistrato á dirigir el carro directamente á la costa, y despues de trasladar á la nave los regalos de Menelao, se despidió de Telémaco con estas palabras:

«—No te detengas, parte ántes que haya llegado yo á palacio y haya podido decir á mi padre que te he dejado en este sitio. Conozco su vehemencia y sé que lejos de consentir en tan súbita marcha, saldría á detenerte para llevarte consigo, y á pesar de tu resistencia, regalarte. Por lo que hago temo que ha de sentir gran enojo.»

A la voz de Telémaco entraron presurosos en la nave sus compañeros, que en la playa le aguardaban; colocados en los bancos y con los remos en las manos, se disponía el príncipe, despues de invocar á Minerva, á dar la señal de la partida, cuando se le presentó Teoclimenes, adivino de la estirpe de Melampo é hijo de Polífidos, quien con azoramiento le dijo:

—¡Oh tú, jóven mortal! por la divinidad á quien imploras, por tu salvacion y la de tus compañeros, respóndeme con franqueza, no me ocultes la verdad. Díme tu nombre, tu patria, tu orígen.»

Contestó Telémaco á las demandas del angustiado extranjero, el cual continuó así:

»—Tambien yo soy víctima del infortunio; he dado muerte á un conciudadano, nacido en mi tribu, que ha dejado en Argos muchos y poderosos hermanos y amigos; he debido huir y abandonar la patria. De hoy más tócame vagar errante sin hogar, sin familia. Dáme asilo en tu nave; en tus manos tienes mi vida, pues mis enemigos me persiguen y van á alcanzarme.

»—Lejos de mí la idea de rechazarte, dijo Telémaco; entra en mi bajel y ven con nosotros, seguro de que cumplirémos contigo, en cuanto nuestra situacion lo consienta, todos los deberes de la hospitalidad.»

Sueltos los cables, largadas las velas, hiende la nave el mar impulsada por favorable viento; desaparece el sol, la noche extiende por todos lados las tinieblas, y en su rápida carrera se acerca el bajel á las afortunadas costas de la Élide. Entónces hallóse Telémaco entre islas erizadas de escollos, sin saber si corría á su perdicion ó si era aquél el camino de su patria.

Miéntras esto pasaba en el mar, en la cabaña de Eumeo, Ulises, despues de acompañar á los pastores en su cena frugal, decía á aquél:

«—Óyeme, Eumeo, y vosotros todos, amigos mios; como no quiero seros gravoso por más tiempo, pienso encaminarme á Itaca á mendigar el sustento, y confío que no me negaréis vuestros consejos y un guia. Deseo ir al palacio del divino Ulises para dar á la discreta Penélope consoladoras noticias, y presentarme ademas á sus altivos pretendientes, los cuales quizas me den las migajas de sus suntuosos festines. Si quisieran, podría entrar á su servicio, pues por favor especial de Hermes, que imprime en las acciones humanas aquel acierto y gracia sin los que no dan buen resultado ni complacen, no hay quien pueda cumplir mejor que yo las obligaciones de un buen criado. Encender el fuego, hender los troncos más duros, preparar y servir la carne de las víctimas, distribuir las copas, en una palabra, cuantos servicios prestan á los grandes y á los ricos los humildes y los pobres, me son familiares y en todos sobresalgo.

»—Líbrete el cielo de realizar tal designio, dijo Eumeo con acento de indignacion. ¿Cómo es posible que tal cosa hayas pensado? Si te llegas á esos hombres, cuyas injusticias y violencias suben hasta la bóveda eterna de los cielos, tu perdicion es segura. No quieren ellos servidores cual tú, sino mancebos acicalados, de perfumada cabellera, pues todo ha de corresponder á la suntuosidad de sus mesas, cubiertas siempre de escogidas víctimas, del mejor tributo de los campos y de copas llenas de exquisito vino. Quédate entre nosotros; tu presencia aquí no ha de sernos molesta, y así que llegue el hijo de Ulises alcanzarás de él un vestido y recursos para marchar donde quieras.

»—¡Oh mi buen Eumeo! contestóle el héroe, ruego á Zeus que te ame cual yo te amo, pues en el extremo á que me ves reducido abres el asilo de tu casa á mis errantes pasos y haces que concluyan mis desgracias. El mayor infortunio que puede caer sobre el hombre es una existencia vagabunda y miserable: el que á ella se mira condenado padece todos los crueles tormentos del dolor y de la desesperacion. Y toda vez que me instas para que permanezca en tu cabaña hasta la llegada del jóven príncipe, díme algo de la madre del divino Ulises y de su padre, á quien al partir dejó en los umbrales de la ancianidad. ¿Disfrutan todavía una y otro de la luz del sol, ó bien ocupan ya sus sombras un lugar en la tenebrosa mansion de Hades?

»—Laertes vive aún, dijo Eumeo, si bien inconso-

lable, implora sin cesar á los dioses para que acabe su triste carrera, y así llora la ausencia de su hijo como la muerte de la virtuosa compañera de sus dias. Desde que ésta ocurrió, el duelo que le rodeaba se hizo más lúgubre aún, y su vida se precipitó hacia la decrepitud. El desconsuelo que por la pérdida de su hijo sentía acabó la existencia de la triste madre con una muerte más triste todavía. ¡Ah! ¡quiera el cielo librar de ella á cuantos séres me son queridos y me han otorgado favores! Todo el tiempo que su amarga afliccion la dejó con vida, tuve en la tierra álguien con quien desahogar los sentimientos de mi corazon; su bondad me crió al lado de su hija, la noble y prudente Climene, último fruto de su himeneo; juntos crecimos bajo el mismo techo, y sabe bien mi pecho agradecido que teníamos casi igual participacion en su solicitud y ternura. Llegados al propio tiempo á la edad feliz de la adolescencia, su hija, enviada á Samé con ricos dones, siguió á su esposo, al paso que yo, dotado de cuanto requería mi estado, fuí enviado por la reina para cuidar de estos campos, creciendo de cada dia el afecto que me profesaba. Hoy véome por mi mal privado de todo lo que embellecía mi existencia; es cierto que los dioses han bendecido mis asíduos trabajos, que no padezco hambre ni sed y que puedo acoger y socorrer á los viandantes y mendigos; pero lo es tambien que desde el dia en que cayó sobre su casa calamidad horrible dominando en ella soberbios magnates, rara vez una palabra de Penélope, mi señora, ó un testimonio de su aprecio ha venido á alegrar mi corazon.

»—A lo que veo, díjole Ulises, desde la más tierna infancia te arrojó el destino lejos de tu patria y familia. ¿Cómo pasó? ¿fué por la guerra reducida á escombros la ciudad en que aquella habitaba, ó fuiste robado en solitaria playa por corsarios que te vendieron á Laertes, satisfecho por comprarte, aunque fuese á peso de oro?

»—Pues tanto interes tomas en la historia de mi vida, contestó el pastor, estáme atento. Las noches son ya largas y dan tiempo para el descanso y tambien para las amistosas conferencias. Retírense los pastores, si sus párpados les convidan al sueño, pues al despuntar el dia, despues de frugal desayuno, han de llevar al monte los rebaños; nosotros, con la copa en la mano, podemos prolongar el festin y entregarnos al placer de recordar la triste historia de nuestros infortunios. Hasta el dolor tiene su deleite, y su memoria es grata á quien ha pasado por sus espinosos senderos. Voy, por lo mismo, á referirte, pues lo deseas, los principales sucesos de mi vida.

»Más allá de Ortigia hállase una isla llamada Sira, donde son observadas las revoluciones del sol; sin ser de gran extension, es dichosa y muy rica en ganado, en trigo y en vino. Nunca la asolaron el hambre ni otro alguno de los azotes que son terror de los míseros mortales; sus moradores alcanzan los postreros límites de la ancianidad, y entónces Apolo y Diana, disparándoles su más dulce saeta, terminan su dilatada carrera. Dos ciudades hay en la isla y la poseen por completo; sobre ámbas reinaba mi padre por nombre Cetesio, hijo de Ormeno, y veíase en él la imágen de los inmortales.

»Cierto dia arribaron á nuestras costas unos Fenicios, pueblo sagaz y artero, con una nave cargada de raros y brillantes ornamentos. En el palacio de mi padre había una esclava fenicia famosa por su hermosura, su gracia y las labores que producían sus manos; ocupada estaba en la playa lavando rica vestimenta, cuando aquellos extranjeros la vieron y trataron de hacerla suya. Uno de ellos cogióla en las redes de amor, y á poco fué en su albedrío supremo dueño, como por lo comun sucede en cuantas han visto sucumbir su virtud, por más que hubiesen sido ántes las más austeras de su sexo. Preguntóle el seductor su nombre y su morada, y ella, abriéndole su corazon, le dijo:

»—En la opulenta Sidon tuve mi cuna; fué mi padre el rico y poderoso Aribas. Volvía del campo una tarde cuando un grupo de Tafios, gente dada á la piratería, me robó, y precipitándose conmigo en ligera nave, surcó las ondas y me vendió por crecida suma al soberano de esta isla.

»—Síguenos, le dijo el Fenicio que la sedujera; síguenos, y te llevarémos á tu patria y al magnífico palacio de tus padres. Estos viven aún y son ricos.

»—Este ¡ay de mí! es el más ardiente deseo de mi corazon, respondió la esclava; pero juradme ¡oh marineros! que me conduciréis allá.

»Así se lo juraron, y ella continuó:

»—Ahora, silencio y discrecion, y hagamos como si jamas nos hubiésemos visto. Si alguno de vosotros me encuentra en los caminos ó en la fuente, no me hable ni me mire; mi señor lo sabría al momento, y á la menor sospecha me cargaría de grillos y procuraría vuestra perdicion. Encerrad nuestro secreto en lo más íntimo del pecho y disponedlo todo para la partida. Así que esté concluida la carga de vuestra nave, avisádmelo con sigilo; os daré entónces cuanto oro tenga á mano, que no será mucho, y ademas un premio de más importancia. A mí está confiada la crianza del hijo del rey; es niño aún, pero inteligente y listo. Os lo entregaré, y podréis venderle sacando por él buen precio.

»Retiróse en seguida y volvió á palacio. Un año entero permanecieron los Fenicios entre nosotros ocupados en el cargamento de la nave, y al hallarse prontos á partir enviaron á palacio á sagaz marinero con pretexto de vender un collar de ámbar y oro. Miéntras que de él prendadas y deseosas de adquirirlo lo miraban afanosas mi madre y sus camareras, el traidor hizo en silencio una señal á la esclava fenicia, y se volvió luego á su buque.

»Tómame ella de la mano y sale conmigo del palacio; al pasar por el salon donde estaba puesta la mesa del festin, esconde entre sus vestidos tres copas de oro, y

apresuradamente me lleva al puerto. Niño inexperto, la sigo, á pesar de que las sombras de la noche comenzaban á cubrir el espacio; con ella me embarco, y la nave sin dilacion hiende las olas empujada por favorable viento. Seis dias y otras tantas noches bogaron, y asomaba la séptima aurora cuando una alada saeta disparada por Artemis hiere de pronto á la pérfida fenicia, cuyo cuerpo cayó desplomado con lúgubre estruendo. Sus compatriotas la arrojaron al mar para pasto de marinos monstruos, y juzgad de mi desconsuelo al verme solo y abandonado en poder de los piratas. El viento y las corrientes impulsaron la nave á las costas de Itaca, y aquí compróme Laertes, quien por un niño que había logrado interesarle pagó muy crecida suma. De esta manera llegué á esta tierra para mí extranjera.

»—Eumeo, dijo Ulises, el relato de los infortunios que en tierna infancia experimentaste ha conmovido profundamente mi alma. Zeus, sin embargo, ha colocado para tí el bien junto al mal, ya que si te arrancó de tu patria para reducirte á condicion servil, has dado con un buen amo que con liberalidad te ha proporcionado cuanto te ha sido necesario. Merced á él han venido para tí dias serenos, al paso que yo no he hallado aquí un asilo hasta despues de haber corrido errante por ciudades y campiñas.»

Suspendiendo aquí su amistosa conferencia, Ulises y Eumeo se entregaron al descanso.

En tanto Telémaco y sus compañeros llegaban á la costa de Itaca, saltaban á tierra, y despues de las acostumbradas libaciones y de apagar el hambre, decía el príncipe:

«—Llevad la nave al puerto; yo desde aquí marcharé solo á una de mis haciendas, y mañana por la tarde entraré en la ciudad. Reunidos de nuevo entónces, fieles compañeros, sacrificarémos á los dioses y nos recrearémos en un festin del cual haré yo en mi palacio los honores y al que os invito desde ahora.

»—¿Y á dónde me dirigiré yo, hijo mio? preguntó el adivino Teoclimenes. ¿Qué palacio entre los propios de los magnates de Itaca, me proporcionará asilo? ¿Quieres que me presente á la reina tu madre?

»—En otros tiempos nuestra hospitalidad nada te habría dejado que desear, respondió Telémaco, y te habría rogado, y áun exigido, que sin dilacion tomases el camino de nuestra morada. Pero en ella no estaré yo; mi madre vive muy retirada, y sería posible que no te recibiesen cual mereces. Hasta mi vuelta puedes hallar acogida en el palacio de Eurímaco, hijo del sabio Polibio. Honrado ahora por el veleidoso pueblo cual un dios y ocupando entre nuestros príncipes preferente lugar, aspira á la mano de mi madre y al cetro de Ulises. Pero sólo Zeus, que reside en lo más excelso de los aires, sabe si en vez de llegar para esos magnates el dia de un suspirado himeneo, descenderán todos al negro sepulcro.»

Esto diciendo, vé que un buitre, ave tenida por rápida mensajera de Apolo, voló á su derecha teniendo entre sus garras á una paloma, cuyas plumas por aquel arrancadas, venian á caer entre Telémaco y la nave.

Al verlo Teoclimenes tomó por la mano al jóven príncipe, y llevándole á un lado, le dijo:

«—Si esa ave ha volado á tu diestra, mandato de los dioses ha sido; apénas se ha presentado he visto en ella un feliz presagio. Sin vacilar te lo anuncio: tu estirpe ocupará el trono de Itaca y desde allí vencerá á todos sus enemigos.

»—¡Quiera el cielo, oh extranjero, que se cumplan tus palabras! le dijo Telémaco. De ser así, tales testimonios de mi amistad recibirías, que al mirarte te tendrían todos envidia. Pireo, añadió dirigiéndose á uno de sus compañeros, amigo suyo de la infancia é hijo de Clicio, tú, de quien he recibido constantes pruebas de celo y amistad, guía á tu casa á ese extranjero que á tí confio, y cuida de agasajarle hasta mi regreso.»

Prometió el jóven cumplir el encargo, y Telémaco, armado con fuerte lanza, se alejó de la costa y tomó con rápido paso el camino que conducía á la cabaña de Eumeo.

Acababa éste de abandonar su rústico lecho y ayudado por Ulises preparaba frugal desayuno, cuando de pronto sus vigilantes perros rompieron en alegres ladridos y corrieron al encuentro de álguien que á aquel sitio se dirigía.

«—Eumeo, dijo Ulises, no dudes de que llega un amigo ó una persona muy conocida, pues tus sabuesos en lugar de sus furiosos ladridos, manifiestan gran alborozo. Al propio tiempo oigo pasos que hacia aquí se dirigen.»

Aún esto decía, y su hijo se presentó en el umbral. Sorprendido Eumeo se levantó; cayóle de las manos la vasija en que preparaba la pastoril comida, y estrechando al príncipe entre sus brazos, le besaba las manos, la frente y los ojos, sin poder contener el llanto.

«—¿Eres tú, mi amado Telémaco, mi excelente amo? le decía. Al saber que habías partido á Pilos, tan lejos de tu patria, creí no volverte á ver. Entra, hijo mio, deja que me sacie del placer de contemplarte y que te tenga en mi casa despues de tantos peligros como has corrido. ¡Son tan pocas las visitas que puedes hacer á tus campos y á tus pastores, detenido siempre en la ciudad por la vigilancia que te toca ejercer contra los perversos pretendientes de tu madre!

»—¡Oh tú, á quien amo como un padre! contestóle el príncipe; satisfecho puedes estar, pues el deseo de verte es lo que aquí me trae, y ademas el de saber por tí si mi madre reside todavía en nuestro palacio, ó si, desierto como está el tálamo de Ulises, ha consentido al fin en tomar nuevo esposo.

»—Tu venerable madre, dijo Eumeo, vive como